




El ciclo táctico diplomático chileno-*wenteche* (arribano) de 1864-1867: preámbulos de la anexión del Malleco

The Chilean-*Wenteche* (*arribano*) Tactical Diplomacy Cycle of 1864-1867: Preamble to the Annexation of the Malleco River

Cristián Perucci González¹  <https://orcid.org/0000-0001-6715-8679>

¹ Universidad de La Frontera, Departamento de Ciencias Sociales. Temuco, CHILE.

 cristian.perucci@ufrontera.cl

Resumen

En el largo plazo, las relaciones entre *mapuche* e hispano-chilenos se caracterizaron por intercalar episodios de guerra con otros de entendimiento mutuo. Esta mecánica ha sido conceptualizada como pacto colonial, en el sentido que la guerra no rompe con las autonomías y autoridades presentes en la frontera. Este artículo estudia cómo dicho pacto se deteriora irremediabilmente durante los primeros años de la Guerra de Pacificación. Allí apreciamos que la violencia sigue combinándose con las reuniones políticas, aunque con un tono diferente, pues ambas sociedades van preparándose táctica y diplomáticamente para el choque que acompañará la invasión chilena del Malleco. Los factores que develan la decadencia del pacto, y la inminencia de la nueva guerra, son analizados a través de la entrevista entre Cornelio Saavedra y Külaweke, delegado de los grupos *wenteche* (arribanos), que constituye uno de los últimos hitos antes de iniciarse la nueva fase militar de la ocupación.

Palabras clave: resistencia, fortificación, Saavedra, Külapang, Külaweke.

Abstract

Over the long term, Mapuche and Hispanic-Chilean relationships were characterized by alternating periods of mutual understanding and war. This article studies how this colonial pact—classified as such because the war did not dismantle the autonomy or authority at the border—irreparably deteriorated in the early years of the Pacification of Araucanía War. Violence continued to coexist with political meetings, although these meetings had taken a different tone since both societies were preparing tactically and diplomatically for the clash that would accompany Chile's Malleco River invasion. Several indicators expose the deterioration of the pact and the imminence of war. Researchers analyze them through Cornelio Saavedra's interview with Külaweke—the delegate from the *Wenteche* (*arribano*) groups—one of the last milestones before a new phase of military occupation.

Keywords: resistance, fortification, Saavedra, Külapang, Külaweke.

Recibido: 9 enero 2023 | Aceptado: 24 agosto 2023



Introducción

La Guerra de Pacificación (1861-1883) es sin duda la transformación más drástica que vivió el pueblo mapuche en el siglo XIX. Es la apertura y la condición que posibilitó el proceso de radicación, por lo cual, en tanto que conjunto de acontecimientos articulados, constituye un referente obligado para la comprensión de la historia en el largo plazo. Empleamos este concepto de manera expresa, deliberada, para referirnos al período en que las acciones bélicas por parte del Ejército chileno –tanto de planificación, como de materialización estratégica y táctica– fueron primordiales dentro del amplio proceso conocido como Ocupación de la Araucanía. Por así decirlo, constituye la fase militar de la Ocupación, el sustento armado de la invasión que se extiende por 20 años aproximadamente.

Resulta bastante curioso entonces que un fenómeno de tal importancia no haya despertado mayor interés por estudiarlo en detalle, salvo algunas preciadas excepciones, lo que contrasta con la grandilocuencia que la memoria histórica le asigna. Las publicaciones de Horacio Lara (1889) y Tomás Guevara (1902) dedican algunos capítulos importantes a la Guerra de Pacificación, aunque la toman como un objeto de historia dentro de un relato más general. Diferente es el caso de Leandro Navarro (2008), cuyo texto es una especie de memoria póstuma donde se concatenan los hechos de guerra desde la perspectiva militar chilena. Allí el libro de Lara es ampliamente citado. Los trabajos sinópticos de Ravest Mora (1997; 2009) toman la Guerra de Pacificación como un tema de análisis en sí mismo. Junto a la influyente monografía de Arturo Leiva (1984), los textos de Ravest Mora resultan imprescindibles para emprender hoy el estudio de este episodio histórico. En vista que nadie niega su magnitud, que aún deambulamos entre sus consecuencias, y que sigue estando presente en la conciencia colectiva, la Guerra de Pacificación tiene un importantísimo valor como índice de cambio histórico, aunque aún estemos en deuda en lo que respecta a las demostraciones causales de su trascendencia.

Junto con su órgano complementario, el parlamento, la guerra fue uno de los principales marcadores externos de la identidad colectiva mapuche entre los siglos XVI y XVIII, proceso que Guillaume Boccara (2007) nombró etnogénesis. Es por lo tanto muy llamativo que uno de los factores configurativos más relevantes desde el cual emana la fuerza de la historia mapuche en tiempos del colonialismo hispano desaparezca después de la Guerra de Pacificación. Ciertamente es que el *otro* interlocutor no es el mismo. El nuevo agente republicano va descartando el peso moderador de la dimensión política mapuche, o como señala Pairicán, a propósito de la creación de la provincia de Arauco (1853) “el protocolo de la palabra fue desechado, y al poco tiempo, permitió que los colonialistas fueran apropiándose de sus tierras” (2020, p. 205). Es decir, en esta coyuntura emerge desde el Estado un nuevo objetivo, que es la sumisión social y la apropiación de tierras mapuche. Ese giro conlleva un desconocimiento de las diversas estrategias políticas de largo plazo implementadas por los

cacicazgos para conservar la independencia territorial, procedimientos que en conjunto conforman un esquema teórico conocido como pacto colonial (Foerster, 2018, p. 129; León, 1992, p. 51). La República de Chile emprendió nuevos esfuerzos para alcanzar la sumisión y la anexión al sur del Bío-Bío, los cuales se caracterizaron por anular la guerra y el parlamento, antiguos puntales del vínculo político hispano-mapuche.

La guerra y el parlamento fueron cambiando tras las campañas del ejército chileno, posteriores a la Independencia. De las llamadas “rebeliones” del siglo XVIII -donde la alteración de los acuerdos conducía a la destrucción de los puestos fronterizos (Casanova, 1987)- pasamos a la Guerra a Muerte que, sin suprimirlas, centralizó las contiendas mapuches en el eje monarquistas v/s patriotas (Perucci, 2021, p. 229). Más tarde, a la Guerra de Pacificación, que se caracteriza por ser una invasión, una anexión territorial y un sometimiento político. Igualmente, del gran *trawün* (reunión) deliberativo y soberano celebrado en Negrete (1793) pasamos a Tapiwe (1825), que más que nada es una tregua, o el sello de una alianza temporal, y luego a Coz-Coz (1907) que es una conferencia cuyo objeto principal es denunciar los horrores y abusos de la conquista chilena. Es decir, las palabras *guerra* y *parlamento* sobreviven, pese a que las experiencias históricas que las originaron iban quedando atrás. El parlamento y la guerra venían con una inercia de siglos que los hacía viables como recurso práctico, por más que ya no respondiesen a los requisitos de los nuevos tiempos. Por un momento, la sociabilidad y la política mapuche siguió intentando mantener las instancias que aseguraban su funcionamiento, pero percibió con claridad que el pacto – en el sentido de entendimiento– estaba próximo a fenecer.

Dicho lo anterior, este trabajo apunta a cuestionarse sobre la perspectiva mapuche en torno esta última guerra, aquella que, si bien no terminó con la dimensión histórica de la política cacical, al menos la desplazó hacia el ámbito de la subalternidad. Nos interesa profundizar en las perspectivas del *butalmapu wenteche* (gran alianza arribana), que es la facción que sostuvo la resistencia durante esta etapa (Figura 1). Nos centraremos en el período que va de las primeras fundaciones (1861-62) hasta el primer ciclo de combates (1868), particularmente en los años que anteceden al inicio de las hostilidades. Cuando hablamos de fundaciones nos estamos refiriendo al inicio de los trabajos de construcción de los fuertes y los cuarteles. Es una especie de canto del cisne de los grandes acuerdos del período colonial, a través del cual se revela cómo mapuche y chilenos concibieron el cambio de época, y qué acciones emprendieron en dicho contexto. Si el pacto venía oscureciéndose hace décadas, la atmósfera interactiva que lo sostuvo terminó por convertirse en una preparación para la guerra próxima. Esto es lo que conceptualmente hemos denominado ciclo táctico-diplomático. ¿Es posible concebir la conciencia de esa degradación como el augurio del nuevo carácter bélico (de sumisión)? De ser así, ¿en qué se distingue la novedad y la inminencia de esta guerra por venir?

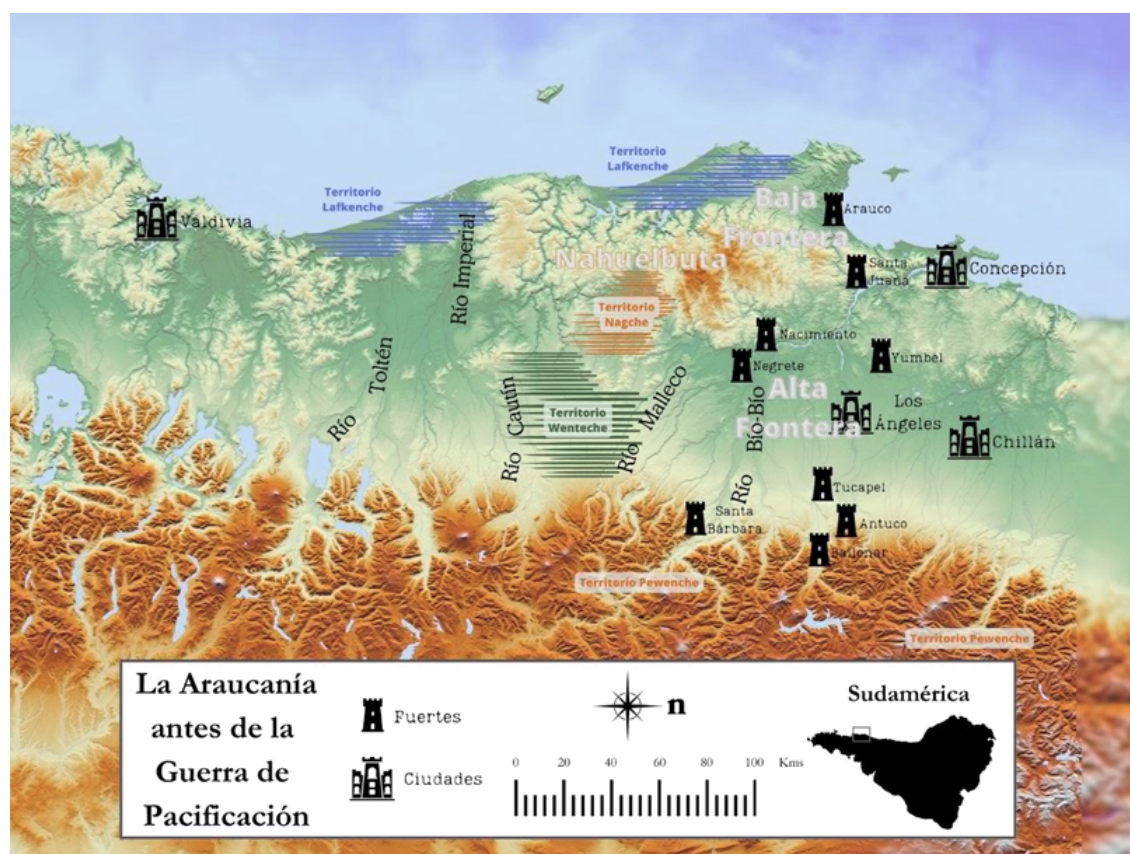


Figura 1. extensión de los grandes agregados políticos mapuche de la Araucanía, y sistema de fuertes de la Alta y Baja Frontera en vísperas de la Guerra de Pacificación

La muerte de Mangiñ en *El Correo del Sur*

Juan Mangiñ Wenu fue uno de los principales *ñidol-lonko* (grandes caciques) del siglo XIX, reputado por haber estado varias décadas a la cabeza de la alianza *wenteche* (arribana). Su influencia trascendía el marco político y territorial de su grupo, extendiéndose hasta agrupaciones localizadas en la costa pacífica, en las pampas, llegando a vincularse férreamente con la agencia hispano-chilena en la Frontera (militar y misional). Especialmente se asoció con los grupos monarquistas, y con aquellos que cuestionaban la legitimidad del Estado chileno tras la Independencia. Mangiñ adquirió visibilidad durante la Guerra a Muerte (1819-1823) y su autoridad se mantuvo firme hasta su fallecimiento a finales de 1861.

El fin del pacto colonial puede apreciarse con claridad en el conocido vaticinio de Mangiñ Wenu: “Antes de morir [21 de noviembre de 1860] llamó a sus hijos. Les aconsejó que no se rindieran a los chilenos, porque les robarían sus terrenos y esclavizarían a sus hijos [...] Creía que con su muerte se entrarían los *winka*” (Kallfükura y Zúñiga, 2002, p. 92). A primera vista, esta advertencia se oye como una declaración sobre la calidad del próximo acto de guerra, el cual será distinto, definitivo, que corromperá la asociación de las partes pues el espíritu de *sumisión a toda costa* será dominante.

Dicho consejo es también reflejo del pulso por el cual pasaban las relaciones entre *mapuche* y *winka* (hispanos o chilenos) en lo relativo al territorio. Digamos que el criterio político de Mangiñ se construyó, entre varios aspectos, sobre la observación de la expansión de la hacienda y los pueblos de Chile central, e igualmente sobre la contradicción interna que estos hechos generaban en la política mapuche. Uno de los conceptos que se ha ido abriendo paso en el lenguaje académico, y que esquematiza satisfactoriamente este proceso, es el de enajenación de tierras. Son varias las ventajas analíticas que emergen al hablar de enajenación: alejamos la atención de la responsabilidad histórica ante lo acontecido; advertimos la variedad y variación contextual de las posturas sostenidas por los actores implicados; englobamos las modalidades de usurpación, venta y desplazamiento, que marcan la pérdida territorial mapuche.

En los textos que Leonardo León publicó esta última década describe la existencia de un “proceso de enajenación”. Allí señala que los primeros registros de ventas inscritas se remontan hacia 1793 (León, 2014, p. 18), y que el proceso “terminó cuando intervino el Estado a través de la ley indígena de 1866 que prohibió las transacciones y ordenó la radicación a partir de los Títulos de Merced” (León, 2015, p. 60). De esta forma notamos como León fue afinando los matices de lo anteriormente planteado en torno al pacto colonial (León, 1992, pp. 51-53). Hoy tenemos claridad en el hecho que la alianza entre la corona y los *lonko* empieza a desmontarse territorialmente antes de la guerra de la Independencia, de la misma manera que la diplomacia fronteriza evoluciona hacia el terreno de la subordinación, al menos desde la Guerra a Muerte. Así, podemos pensar que el período de Mangiñ corresponde a la etapa donde el entendimiento hispano-mapuche va muriendo de forma cada vez más acelerada. Es el momento en que reemergen con claridad la resistencia y el colaboracionismo, un eje sobre el cual se ordenan centralmente las contiendas entre jefaturas *mapuche*. Ingrid de Jong ha advertido la necesidad historiográfica de impulsar “una perspectiva que entienda la agencia indígena como la experiencia histórica de sus lógicas y proyectos políticos en un campo marcado por la presencia colonial y que no la reduzca a actos de resistencia a la misma” (2016b, p. 181). En ese mismo sentido, al notar que la resistencia y el colaboracionismo comienzan a opacar ostensiblemente las otras facetas del contacto fronterizo que caracterizaron a los siglos XVII y XVIII, hemos optado por ocupar el término de guerra central, o guerra estatal, con el fin de describir la enunciación de estas contiendas.

Normalmente, cuando se comenta la obstinada resistencia de Külapang para negociar, suele denunciarse el compromiso que este habría contraído con su padre Mangiñ antes de morir. José Santos Külapang (Quilapán), hijo de Juan Mangiñ Wenu, asumió la cabeza de las agrupaciones *wenteche* (arribanas) tiempo después del fallecimiento de su padre. Desde esa posición le correspondió liderar las fuerzas de resistencia contra el Ejército chileno, cometido para el cual buscó generar alianzas a ambos lados de la Cordillera. Su muerte se

produjo poco tiempo después que el control del Malleco fuese arrebatado a manos mapuche, probablemente entre 1873 y 1874, convirtiéndose así en el último cacique en articular una fuerza ampliada que enfrentó en combate a los soldados chilenos. La demanda del difunto *ñidol-lonko* (gran lonko) habría tenido como fin deseado el que sus herederos no cedieran ante la presión y evitasen la entrada de los *winka* en territorio mapuche, aunque las interpretaciones difieren en el fondo de lo aconsejado por Mangiñ. Algunas plantean que era un llamado a la guerra, otras un llamado a la paz, pero de cualquier manera este deseo se condice con las sensaciones en torno al cambio cualitativo de la guerra. Tomás Guevara señala que, en base a testimonios de personas que compartieron con Kūlapang, “después de muerto creían los descendientes de Mangin que su sombra los protegía en los combates, por lo cual guardaron siempre sus cenizas con entrañable veneración. Se imaginaban que, desenterradas por los chilenos, serían vencidos. Dominado Quilapán por esta creencia, las hizo trasladar con gran acompañamiento desde Adencul a Loncoche, lugar montuoso al este de Lautaro, la última vez que las tropas de la línea del Malleco lo derrotaron” (1902, p. 40). En cualquier caso, durante sus últimos años de vida, Mangiñ se preocupó de entregar un discurso concreto en torno a la afirmación de una frontera con el *winka*, al estatus y la suerte de los colonos chilenos “infiltrados”, y al asilo político entregado a los revolucionarios de 1851 y 1859 (Perucci, 2018, pp. 100-104). Un discurso a veces incendiario y confrontacional, idealista en muchos aspectos, cuya efectividad se apreciaba con mayor claridad en la fuerza de su retórica. Sin embargo, por engañoso que pudiera parecer, en la práctica se trató de una política eficiente pues durante mucho tiempo preservó a los *wenteche* (arribanos) de entrar en batalla e impidió las fundaciones oficiales de pueblos. Hablamos de fundaciones oficiales, pues existen registros de pueblos que se fundaron bajo la autoridad de los *lonko* fronterizos y que no respondían a una política de las FF.AA. ni del Estado (Perucci, 2018, p. 102). Esta situación comenzó a cambiar en los últimos años de Mangiñ, momento en que se llevan a cabo algunas campañas militares chilenas -como las de Villalón, las de Fernández y las de Salvo- en los territorios *lafkenche* (costino) y *wenteche* (Figura 1). Por más que Mangiñ haya intentado contener la violencia en la medida de sus posibilidades, desde 1859 se activaron muchos flancos de batalla que lo empujaron a responder en algunos casos con más violencia. Cuenta Mangiñ que “el Intendente Villalón no tenía compasión con tu gente: aquí tengo mujeres y chiquillos cautivos desde cuando la maté dos avanzadas a Salvo; en la primera le maté 22 y en la segunda [sic]”. (Wenu, M. 21/09/1860, carta para Manuel Montt, p. 323). En esa coyuntura quedó demostrada la existencia de liderazgos guerreros que ya no obedecían a la autoridad de Mangiñ, siendo el principal de ellos el de Kallfükoy. Fernando Pairicán (2020) bautizó este episodio con el término de *fütamalon*, y lo describió como un gran movimiento donde la participación de Mangiñ fue más bien cauta, previsor, además de reconocer que Kallfükoy decidió “sobrepasar el liderazgo tradicional de Mañilwenü” (p. 215) y que “la alianza entre ambos [Kallfükoy y Mangiñ] había sido resquebrajada” (p. 222).

En este punto de inflexión de la violencia, no es de extrañar que entre los *winka* la muerte de Mangiñ despertara en los espíritus más exaltados la convicción de que podían inaugurarse las campañas invasoras con fines anexionistas. Como bien lo señala Navarro, “la guerra la pedían los exaltados” (2008, p. 36). Ese es el espíritu que puede respirarse en las páginas de *El Correo del Sur* de Concepción a lo largo del mes de diciembre de 1860, las cuales nos sirven de ejemplo para entender cómo la desaparición del *ñidol-lonko* radicaliza el tono de los promotores de la ocupación. Una nota del 1^{er} de diciembre señala que el fuerte Arauco había sido recientemente atacado por “indios nelbunches y güilliches que apoyaban al cacique Calbulao, que pretende haber venido a la costa por orden de Mañil, para castigar por una falta a los caciques gobernadores de la costa” (*El Correo del Sur*, edición del 01/12/1860). Es decir, estando aún vivo, se insiste en presentar aquel rasgo del actuar de Mangiñ que buscaba evitar el enfrentamiento directo, que operaba por fuera de los combates, cuya desconfianza lo llevaba rara vez a dar la cara. No obstante, cuando el periódico informe algunos días después acerca de su deceso, sus redactores confesarán que

este cacique era el que oponía más resistencia a las expediciones que se han internado en el territorio araucano, para castigar a los indios ofensores y quizá este accidente venga ahora a facilitar la conquista de Arauco, pues el enemigo más temible ya ha desaparecido. Por otra parte, parece que el nuevo cacique está dispuesto a entregar a todos los españoles que los incitan a la guerra contra nosotros y este es un motivo más para apresurar la marcha de nuestro ejército hacia las tierras de los indios. (*El Correo del Sur*, edición del 06/12/1860)

Este fragmento es una especie de declaración de intenciones que se profundizará en los siguientes números de *El Correo del Sur*, conforme aumente la agitación militar -real y propagandística-. Se habla de una supuesta campaña que podría llegar a internar 6 mil hombres (*El Correo del Sur*, edición del 18/12/1860), una cifra claramente inverosímil, pero cuya mención pretende reforzar el ánimo de quienes podrían eventualmente enrolarse, y presionar para que pronto se produzca la invasión. El 13 de diciembre se publica un llamado a “hacer ver a esos salvajes desmoralizados la enormidad de su falta; ya es tiempo de borrar la ignominiosa afrenta que nos han inferido y que hemos sufrido algunos años sin imponerles todavía con el poder de una nación civilizada” (*El Correo del Sur*, edición del 13/12/1860), y luego se señala que muchos deseaban alistarse porque

soportar por más tiempo los desmanes de esa turba de salvajes, que a cada momento nos roban nuestras propiedades y asesinan sin piedad a nuestros hermanos, sería en tal caso aparecer como cobardes y ciudadanos indignos de un país que con tanta justicia merece el título de pueblo libre y civilizado. (*El Correo del Sur*, edición del 18/12/1860)

El colofón de este entusiasmo belicista se alcanza con la cita de una carta publicada previamente en *El Ferrocarril*, donde se indica que supuestamente

los indios están muy desalentados para la próxima campaña por la muerte del cacique Magñil, principal entre ellos y presidente de los parlamentos que se celebraban. Pero se

dice también que Pradel y los demás españoles que están en la tierra tratan de persuadir a los indios que los ministeriales son los que han ocasionado el mal de que ha fallecido. (*El Correo del Sur*, edición del 20/12/1860)

Perspectivas en torno a la fortificación del territorio y la diplomacia *winka*

La sensación de inminencia bélica nos pone en una compleja situación para el análisis, pues de alguna manera significa asumir que los protagonistas anticipan conscientemente el devenir de la trama que los envuelve. Sin embargo, la historia de las relaciones chileno-mapuche se caracteriza por la existencia de ciclos de guerra y de paz, a veces sucesivos y diferenciados, a veces simultáneos y confundidos. Por lo tanto, el advenimiento del hecho guerrero no podía ser algo totalmente sorprendente para los agentes de frontera. La reflexión de Mangiñ no es entonces una premonición, ni la preguerra de Pacificación una preparación consciente para su estallido. Lo que verdaderamente anuncia un cambio en las características de la guerra es el apremio despertado por el expansionismo chileno que había empezado a sentirse desde 1849¹, situación que forzó a Mangiñ a desplegar en sus últimos años un delicado trabajo logístico para evitar el choque con los *winka*. Los ataques a la Isla de la Laja en 1859 no han sido objeto de estudio para la historiografía hasta hoy. Este vacío ensombrece la comprensión del quehacer político de los grupos *wenteche* en esta coyuntura que denominamos la decadencia del pacto. Uno de los puntos más críticos es la participación de Mangiñ en dichas acciones, pues con las fuentes que manejamos, no tenemos evidencia clara respecto a su intervención. Lara (1889, pp. 200-203) afirma que los reales instigadores son los revolucionarios de 1859, y desde esa perspectiva, la responsabilidad de Mangiñ estaría dada por la hospitalidad que les brindaba. Guevara sostiene la misma idea, pero además indica que en algún momento “Mangil ordenó a las tribus de su dependencia que tomaran las armas” (1902, p. 221). Ninguno de estos autores ubica a Mangiñ en algún hecho de violencia específico. Recientemente, Pedro Cayuqueo insiste en señalar que “Mañil lanzó un devastador malón” (2017, p. 210) sin entregar evidencias que nos especifiquen qué hizo realmente ni dónde estuvo. Estas aseveraciones no nos remiten a nada en concreto. ¿Significa que fomentó el malón? ¿Significa que lo comandó en el campo de batalla, o en la logística? Como sea, la documentación que hemos revisado nos hace pensar que Magniñ se mantuvo en un lugar secundario en las operaciones, que más bien se ocupó de organizar una alianza

¹ Como ya señalamos, la presión campesina era una constante desde hacía décadas. Lo que ocurre en 1849 es que se relanzan las campañas militares al sur del Bío-Bío, buscando perseguir a los responsables de los saqueos y crímenes producidos tras el naufragio del *Joven Daniel*. El expansionismo también se revela en una serie de hechos administrativos que dan cuenta del giro en las intenciones chilenas, siendo uno de los principales la creación de la Provincia de Arauco en 1852.

El ciclo táctico diplomático chileno-*wenteche* (arribano) de 1864-1867: preámbulos de la anexión del Malleco

(Bengoa, 1985, p. 169), de evitar el choque, y que el protagonista de la ofensiva *wenteche* fue el *lonko* Kallfükoy. Mangiñ reconoce que

fueron indios armados a las haciendas de Benavente, y yo dije que fue cierto pero que el cacique fronterizo Calbucoy hizo una junta sin mi conocimiento para ir a acompañar a Videla y Alemparte para ir a quitar los cautivos que estaban agarrando en esas haciendas. (Wenu, 21/09/1860, p. 320)

Bernardino Pradel, por entonces alojado en lo de Mangiñ, escribe una carta en donde manifiesta la preocupación de este último por establecer contactos con agrupaciones *pewenche* y *williche*, mientras atestigua la furia del

indio Calbucoy, y trata de hacer matar dos españoles que han venido; me dicen que uno de ellos se llama Seguel y que trae pasaporte de la Intendencia. También me dicen que este vino a robar antes a un cacique una partida de yeguas, y lo gracioso es que al suegro de este, un hijo y otro más, quieren asesinarlos hoy. Ha ordenado Calbucoy ocurran todos los caciques trayendo los españoles que tengan para que lo presencien, y entiendan que si los pilla en alguna cosa contra ellos y no ayudan a la guerra, les corta la cabeza. (Pradel, 26/04/1859, p. 168)

En los reportajes hechos en la penitenciaría de Santiago en 1877, y publicados por el diario *El Ferrocarril* (edición del 25/02/1877), uno de los más pintorescos y llamativos contiene el testimonio del maloqueador Marcos Saldías. Este bandido relata su participación en los combates de 1859 bajo las órdenes de Domingo Salvo, su cautiverio a manos de Kallfükoy, y su posterior liberación gracias a una hija de este. En efecto, el *lonko* más implicado en los combates es Kallfükoy. Luego, en una segunda campaña ofensiva de Salvo (1860), Saldías es cautivado y sentenciado a la hoguera por el *lonko* Marillanca. En esa oportunidad igualmente escapa a la muerte por la intermediación de

un chileno llamado Agurto. Este es muy querido de Marillanca. El padre de Agurto había sido secretario de Mañil. [...] Este es, dice [Agurto] a Marillanca, un sobrino del comandante Salvo; si Ud. lo quema, Salvo se nos dejará caer encima y descargará sobre nosotros todo el peso de su cólera. (Anónimo, 1877, p. 98)

Sospechamos que la postura cauta y temerosa de Agurto bien podría reflejar el pensar de Mangiñ, que busca evitar encender una mecha que implique nuevas campañas militares chilenas. Pero también, si observamos el comportamiento de quienes lo sucedieron a la cabeza de las familias *wenteche* -Wentekol, Külapang, Kallfükoy, Külaweke, Pailaweke, etc.-, es posible pensar que, a la luz de la presión territorial, alguna intuición tenían con respecto a la naturaleza de la guerra que se avecinaba.

Las transformaciones que aludimos no tienen relación con el grado de violencia que registran los hechos, sino con la calidad de estos. Concretamente, un primer factor de

novedad está en la fundación de fuertes y pueblos desde el Bío-Bío al sur. Hubo muchos episodios de violencia hacia fines de la década de 1850, como el bombardeo del vapor *Maipú* y la abrumadora campaña de la Baja Frontera en 1859 (Chacón, 2013), la destrucción de Negrete y otras haciendas de la Isla del Laja, además de las respuestas por parte del ejército a este último enfrentamiento. Dice Horacio Lara (1889):

los indios aprovechándose siempre de este estado de cosas, habíanse sublevado, invadiendo los campos y poblaciones del sur y norte del Biobío, originando la pérdida de valiosos intereses, el espanto y alarma en los pueblos fronterizos, y la destrucción e incendio de Negrete que contaba con más de mil quinientos habitantes, y cerca de catorce mil pobladores rurales en los campos de los alrededores, [...] Llevaron las hordas de Arauco sus actos de vandalaje a todo el departamento del Laja, hasta llegar a librar un ataque con las fuerzas del gobierno a orillas del Laja en el fundo de Picul, en donde perecieron cerca de doscientos indios de 400 más o menos que en ese lugar fueron atacados por dos escuadrones de milicianos de Santa Bárbara a las órdenes del comandante don Domingo Salvo, viejo jefe de las montoneras de los Pincheira, de 80 años de edad y de un valor extraordinario. (Lara, 1889, p. 202)²

Sin embargo, estas acciones no fueron acompañadas por cambios en las líneas soberanas de la Alta y Baja Frontera. Insistimos, la característica novedosa de la Guerra de Pacificación no es la destrucción, sino la ocupación. Así lo observaba el periodista Ruiz Aldea a fines de la década de 1860 cuando escribía que “el derecho que más defiende [el araucano] es la inviolabilidad de su territorio, y su invasión un motivo para tomar las armas” (Ruíz Aldea, 1868, p. 59).

El primer ciclo de fundaciones comienza con Mulchén (diciembre de 1861) y sigue con Lebu (octubre de 1862) y Angol (diciembre de 1862). Ninguna de estas tomas de posesión adoptó la forma de una verdadera batalla. Para figurarse con más claridad el tenor de la invasión contamos con la célebre y recurrente descripción de Horacio Lara, quien, durante la conquista de Angol, consideraba “penoso presenciar los llantos y exclamaciones de dolor de las mujeres araucanas al ver que se instalaban nuestros soldados en sus posesiones de donde huían despavoridas a los bosques con sus hijos” (Lara, 1889, p. 265). El objetivo de estos primeros fuertes era establecer un tejido estratégico de posesiones para proteger al Bío-Bío, el cual sirviese de base para luego tomar el Malleco.

Lógicamente estas fundaciones vinieron a transformar los factores de las relaciones mapuche-*winka*. Hubo fenómenos que se hicieron cada vez más recurrentes, como el abigeato, el cual conectaba a los distintos sujetos implicados y reforzaba la división política e

²Para conocer con más detalle el despliegue de fuerzas chilenas puede verse los cap. 2 y 3 de Navarro (2008, pp. 38-79).

identitaria. El robo de animales ocurría pese a que las partidas de asaltantes, los persecutores y las víctimas tenían distintos orígenes. Soldados, *kona* (mocetones), colonos -llamados vecinos por las fuentes-, inquilinos, bandidos, ladrones, especuladores, comerciantes, todos se ven arrastrados, o al menos interpelados por esta práctica reiterativa que va liberando leves dosis de violencia y posponiendo la batalla.

En estos años que siguieron al primer ciclo de fundaciones es posible observar el desarrollo de fuerzas que se aprestan para el primer ciclo de combates que comenzará recién en abril de 1868, al fragor del segundo ciclo de fundaciones que se materializa en la fortificación de la ribera del río Malleco. Este ciclo empieza con los trabajos de fortificación en Collipulli (noviembre de 1867) y termina con los de Huequén a principios de febrero de 1868. Entendemos este período como una fase de guerra táctica y de encuentros diplomáticos, una suerte de *pax*, es decir una paz presunta –en tanto los enfrentamientos son pocos, o de baja intensidad– que proyecta una imagen de estabilidad, la cual en realidad esconde una carrera por posicionarse en una situación estratégicamente ventajosa respecto al enemigo. Con la esperanza de no llegar a un choque directo, las partes se acomodan y se preparan, y finalmente tiene en la entrevista entre Cornelio Saavedra y Külaweke (21 de noviembre de 1867) una de sus últimas manifestaciones de diálogo.

La invectiva negociadora de los militares chilenos en este ciclo táctico-diplomático apuntaba, como objetivo general, a mantener el carácter faccional de la política mapuche. A no alterar las divisiones, lo que en concreto se traduce en confirmar el alineamiento con varias jefaturas *pewenche*, *nagche* (abajinas) y la sumisión de los *lafkenche* septentrionales (Figura 1). Así, el 28 de marzo de 1865 en Los Ángeles, el *lonko* Mariñanku expresó al intendente Alejo San Martín

que la dura experiencia de las pasadas revueltas, a consecuencia de las cuales ellos y sus familias habían quedado por mucho tiempo en la más espantosa miseria, les había hecho comprender cuán importante son los beneficios de la paz y de la sumisión a las autoridades de la República. (San Martín, 28/03/1865, f. 42).

En otra reunión tenida en Angol el 3 de diciembre de 1865, Wenchekal, uno de los principales jefes *nagche* presentes en la junta, se manifestó “constantemente contrario a la fundación de este pueblo, porque lo consideraba como el medio de que se valían los cristianos para ocupar sus tierras y dejarlos a ellos en la miseria. Ahora todos han expresado su conformidad con los hechos consumados” (Urrutia, 05/12/1865, f. 217). Esta última cita nos sirve para comprender que la política de fundaciones afectaba profundamente a los aliados históricos del ejército chileno. Tal reclamo será un punto sobre el que posteriormente se aglutinarán –al menos desde el discurso– las jefaturas mapuches para oponerse a la invasión.

Otro de los objetivos concretos era infundir entre los *pewenche* la sensación de inconveniencia de aliarse con parcialidades *muluche*, sustantivo que a la sazón se empleaba para referirse genéricamente a la población del lado poniente de los Andes. El término *muluche* o *moluche* se empleaba para referirse comúnmente a la población del oeste de la Cordillera. La palabra tuvo un uso extendido en los siglos XVIII y XIX, y sería la castellanización del gentilicio *nguluche*, que en mapuzugun significa literalmente gente del oeste. No obstante, en virtud del tono usado específicamente por los militares en su correspondencia, el vocablo *muluche* servía para referirse a los grupos resistentes, pudiendo incluso servir en este caso como alternativa a la palabra *wenteche*. En un parte firmado por Domingo Salvo en Santa Bárbara con fecha 16 de enero de 1865, el octogenario militar confesaba haber sido

avisado que el cacique Quilapán, hijo del finado Mañil, pasó la cordillera en el mes de abril del año pasado, acompañado del cacique Quilahueque y Montri para unirse con los pehuenches; la última junta que fueron a tener fue en Chadileuvu; la opinión de los pehuenches fue que no les gustó, pero no han dejado de quedar algo sospechosos, pues unos quieren un partido y otros no quieren”. (Salvo, 16/01/1865, p. 322) (Figura 2)

Otra perspectiva sobre esta delegación diplomática aparece en una carta de Kallfükura a Bartolomé Mitre: “amigo digo a U. también que vino el cacique Reuque con toda su gente, y vino el cacique Pailacán y el cacique Quelagüeque, chilenos, chegüelchos, pigunchos, boroganos, de toda la nación vinieron, pero no han venido a hacer mal a nadie, han venido a visitarme. Digo a U. que ya se han vuelto algunos y otros están aquí. Puede decir que vienen a invasión; no crea U., entrego mi corazón como que estamos en paz” (Kallfükura, J. 06/07/1864, p. 397). En efecto, ahí se aprecia que la opinión *pewenche* estaba dividida en torno a su asociación con los *wenteche*. Esta indecisión se prolongó algún tiempo, como queda demostrado en la reunión que Domingo Salvo sostuvo con un grupo importante de *lonko pewenche* el 18 de enero de 1866 en Antuco para advertirles sobre

lo que los indios muluches desean de ellos, que los tenían de su cuenta para ciertos planes subversivos que ellos premeditaban respecto de las poblaciones fronterizas: que no se dejasen seducir de esos malvados y muy en particular del indio Quilapán, que era un canalla, que no quería entrar bajo ningún pretexto por la paz, que siempre quería mantener la discordia entre los naturales y los cristianos chilenos: que no recordaba éste de los consejos que le dio su padre antes de morir: que tanto él como algunos otros indios abrigaban y amparaban a los ladrones que se introducían en sus reducciones. (Urrutia, 29/01/1866, carta para Federico Errázuriz, fs. 258).

Los *lonko* respondieron que aún guardaban en la memoria la ferocidad de las guerras antiguas—la caza a los Pincheira—y el mal que habían traído. Luego, espetaron al comandante la certeza “que los muluches han andado entre nosotros, diciéndonos mil mentiras, que los chilenos les quitan sus terrenos, que los maloquean, que los matan, les quitan sus familias y ganados, pero como nosotros sabemos que ellos venden sus tierras, que salen a robar y como

El ciclo táctico diplomático chileno-*wenteche* (arribano) de 1864-1867: preámbulos de la anexión del Malleco

los alcanzan con el robo no entregan se ponen a pelear y reciben su justo castigo” (f. 259). La declaración de los *lonko pewenche* señala las debilidades del razonamiento *wenteche*, y las dificultades que estos tenían en frente para armar una asociación en contra del *winka*. Así, no es en absoluto sorprendente que el contrargumento dado se relacione con la venta de tierras que realizaban los muluches puesto que, para la resistencia, es allí donde radica la distorsión entre el discurso y la realidad.



Figura 2. espacio recorrido por Külapang con miras a concretar alianzas de cooperación guerrera

El ejercicio táctico-diplomático chileno no solo ansiaba fortalecer sus lazos y profundizar la distancia entre los *wenteche* y el resto de las unidades políticas *mapuche*, sino también buscaba someter a Külapang y su fuerza a negociaciones de paz. Vale decir, imponer por la vía persuasiva sus términos de la invasión en curso. El 12 de abril de 1866, el intendente de Arauco Basilio Urrutia se reunió en Los Ángeles con Külaweke, Manuel Burgos, Nahueltripay, Liguén y como sesenta indios de su comitiva. En carta al Ministro de Guerra y Marina Federico Errázuriz, señala que

en las diversas conferencias que con ellos he tenido les he manifestado que su desconfianza respecto de las autoridades de la República es infundada e irracional; que cuantas disposiciones se dictan a su respecto tienden uniformemente a asegurar a ellos

y a los pueblos fronterizos la tranquilidad y bienestar; que los había convocado con el fin de acordar las medidas más convenientes para impedir en la frontera la repetición de los males de que frecuentemente ha sido teatro; que el medio más adecuado al efecto era la extradición de todos los malhechores establecidos al sur del Malleco y la reunión de las diversas reducciones arribanas bajo el mando de un solo cacique, el cual se entendería directamente con la primera autoridad de la provincia y recibiría sus órdenes. (Urrutia, 12/04/1866, f. 288)

Es decir, ninguna exigencia que los jefes *wenteche* reunidos no pudieran nominalmente aceptar. Podemos pensar que esta negociación es un paso en falso de parte de los militares chilenos, pues Külaweke además de pedirles la asignación de un sueldo por este nuevo acuerdo, consigue que Urrutia ordene el traslado de

cien hombres del batallón cívico de Nacimiento que se halla de guarnición en Angol, el piquete de cincuenta hombres del mismo cuerpo con sus oficiales respectivos que guarnecen la plaza de Nacimiento y el piquete de veinticinco hombres del escuadrón n° [sic] de caballería cívica del mismo departamento que hacía patrulla en la subdelegación de Negrete. (Urrutia, 12/04/1866, f. 289).

Desde el punto de vista de los militares chilenos, estos movimientos responden a las necesidades de la guerra con España y a la imperiosidad de no ceder terreno a los *wenteche*, para la organización de alianzas.

En Santiago, paralelamente, se afinaban los detalles de la ley que finalmente será promulgada el 4 de diciembre de 1866. Con ella se esperaba dotar de bases jurídicas a la enajenación regulando las fundaciones de pueblos, instaurando los mecanismos de la adjudicación fiscal de la tierra, y creando instrumentos (títulos de merced) e instituciones (protector de indios, comisión de ingenieros) que convertirían en propiedad inmueble el reducido suelo mapuche. De esta manera, el Estado chileno exhibe sus pretensiones de resguardar las conquistas alcanzadas por las fuerzas armadas al norte del Malleco y en la región costera, a la espera de lanzarse hacia una nueva etapa de fundaciones.

Posiblemente el único ítem del ciclo táctico-diplomático que no estuvo de antemano asegurado para los chilenos fue el éxito en sus intentos por acercarse a las jefaturas *wenteche*, es decir, con la resistencia movilizada, con la cual se entabló una especie de guerra de inteligencia que no rompía el equilibrio de fuerzas. Las reuniones sostenidas entre Külapang, Külaweke y Montrü (o Montri) con los *pewenche* (1864) fueron seguidas por similares conferencias organizadas por Domingo Salvo. Este último también activó sus contactos entre los *pewenche* de Antuco tras el *trawün* de Cholchol (1865). Así le informaba a Saavedra que

ha llegado el propio de mi confianza que mandé a la tierra de los indígenas, con el objeto de saber de la junta que hubo en Cholchol, como US. me lo dijo en su nota. La junta que hubo en Cholchol, fue motivada por desconfianza en la llamada que US. le hizo al cacique Pencon a solas, para hablar con él. Dicho Pencon les dio su descarte que lo que US. le había hablado era tocante a que viviesen en paz y quietud con el gobierno. (Salvo, 22/01/1865, p. 322)

En ese entonces, nadie podía distinguir si estaba o no en una posición dominante. No es de extrañar que las negociaciones entre Külaweke y Urrutia de principios de 1866 fuesen antecedidas por una intensa actividad destinada a obtener información, a cerrar alianzas y, en general, a predisponer estratégicamente las fuerzas guerreras para el enfrentamiento.

Cambio cualitativo de la guerra en la óptica *wenteche*

La trama que venimos enunciando confirma que los sucesores de Mangiñ (Wentekol, Külapang, Külaweke, etc.) enfrentaron un escenario totalmente distinto. No por la existencia de campañas al sur del Bío-Bío, sino por este nuevo discurso militarista y las modificaciones territoriales que se produjeron con la política de fundación de fuertes. Estos elementos, complementarios entre sí, pueden ser concebidos como dispositivos de poder tal como han sido descritos por Guillaume Boccara para el siglo XVI, especialmente los fuertes. El fuerte, según este autor,

era un espacio protegido, aislado e inexpugnable que simbolizaba el poder español y real; un lugar estratégico a partir del cual se podían organizar expediciones guerreras para luego volver a encerrarse en él. Funcionaba a la vez como refugio, cabeza de puente en territorio enemigo y marca simbólica de la potencia española sobre un espacio por conquistar. Construir un fuerte venía a significar una presencia y, por consiguiente, un acto de apropiación sobre el territorio comarcano [...] el fuerte cumple únicamente una función guerrera, además de simbolizar un poder; era, sin embargo, un espacio clausurado, que impedía cualquier comunicación con los indios”. (Boccara, 1999, p. 75)

La situación es bastante similar al contexto que estudiamos. Sin embargo, existe una importante diferencia entre ambos períodos respecto a la “comunicación con los indios” y con el entorno colonial. El plan de Saavedra de ir avanzando los fuertes se replicará a medida que la conquista chilena vaya progresando hacia el sur. En ese panorama, los fuertes irán quedando cada vez más lejos de la línea de frontera. Rápidamente pasarán a convertirse en villas que estarán íntimamente vinculadas a su espacio circundante, el cual, simultáneamente, se va organizando en unidades y circuitos productivos agrícolas donde participa tanto la población mapuche como los colonos recién llegados.

Pero, además, el ciclo táctico-diplomático no solo demuestra la resistencia *wenteche* contra el *winka*, también despliega el enfrentamiento en la guerra y en la diplomacia contra el colaboracionismo mapuche. En efecto, existe una carta del *lonko pewenche* Purran remitida a Domingo Salvo en la cual relata un confuso incidente con una partida de 800 *muluche* que cruzó la cordillera (Figura 2). En un principio, Purran habría consentido el paso de este numeroso grupo en tanto le señalaron que irían a maloquear al fuerte San Rafael, aunque finalmente debió oponérseles pues

sufrió una equivocación por los muluches que iban para San Rafael y fue un engaño que los hicieron que si hubiese sabido que la marcha era para las haciendas éstas [Chogai y Latuel] no habría permitido el pasaje, conociendo que este perjuicio iban hacer a las haciendas chilenas y V verá todo lo que se ha trabajado por los buenos consejos que antes V los había dado yo y toda mi gente los tenemos en la memoria y esperamos en Dios que no perderemos estos consejos mientras vivamos y ahora pues esperamos su contestación de V lo más pronto y posible para hacer una junta general de todos mis indios para darles buenos consejos y que siempre seamos firmes con Chile porque somos buenos patriotas como nuestros mayores han sido y desde ahora los ofrecemos como siempre lo hemos hecho y estamos bajo sus órdenes. (Purran, 08/09/1866, fs. 328-329)

En este fragmento se revela lo imbricada que estaba la política entre parcialidades *mapuche*, con los vínculos diplomáticos de las fronteras a ambos lados de la Cordillera, y también con la articulación de los malones en el ámbito *pewenche* y *rankülche*. Este enmarañado y extenso tejido político confrontaba intereses diversos, los cuales en más de una ocasión fueron instrumentalizados, convirtiéndose en un factor determinante para entender el posterior éxito de la invasión chilena y argentina³. Según Meinrado Hux, Purran era tenido por “chilenófilo”, en tanto tenía amigos “entre los hacendados chilenos que desde tiempo inmemorial ocupaban fracciones de tierra en el lado oriental de la Cordillera” (Hux, 2004, p. 94). Es más, su vínculo con Domingo Salvo se remontaba al menos hacia 1846, cuando dieron muerte al *pewenche* Guzmané en un malón que terminó por reforzar la autoridad de Purrán.

Ante esta realidad, además de los malones y los *trawün* con otras parcialidades y este acercamiento multidimensional con los militares chilenos, la política *wenteche* debía operar con mucho sigilo y desconfianza. Así, una de las actividades en que se vieron envueltos para su beneficio fue el fomento del saqueo y el robo de animales en la Araucanía. Decimos fomento pues no es posible comprobar su participación directa en los hechos, aunque sí se pueden notar los dividendos estratégicos que sacan de ello. Por lo demás, en esta práctica radica buena parte de la violencia de este contexto. Se trata de un problema amplio, cuyo estudio por las ciencias sociales está aún pendiente. Se robaban animales y se conducían al interior. En respuesta, una partida de militares, colonos enganchados apresuradamente, o milicianos, en fin, una fuerza muy desorganizada y heterogénea salía en persecución de los asaltantes. Se registraron varios choques, o más concretamente se trató de escaramuzas, algunas de las cuales contaron con varios caídos. Para el bando chileno, la más adversa fue producto de la fallida expedición del ayudante mayor José María Segundo Soto en Balihueico, al sur de Mulchén, donde el saldo final fue la muerte de 12 *winka*.

Un escenario recurrente en este tipo de altercados fue el sector de Chiguaigüe, lugar de alta importancia estratégica en términos geopolíticos. A la altura de Angol, la cordillera de Nawelbuta extiende hacia el sureste un cordón montañoso que corre paralelo a la orilla sur del Malleco, dejando una delgada franja entre el río y la montaña. Es la ruta

³Una buena reconstitución de estos entramados y su uso político, en particular desde el punto de vista del Cacicato de Salinas Grandes, puede verse en De Jong (2016a).

obligada desde Angol hacia los llanos centrales. Chiguaigüe es el punto donde el paso se abre a los llanos en dirección sur hacia Kechurewe (Quechereguas) y Kollüko, y donde el macizo homónimo domina el pasaje por la ribera hacia Collipulli. Allí se emplazaba un viejo *lof* que, para entonces, se hallaba en decadencia producto de la exposición a la violencia. En noviembre de 1865, Basilio Urrutia ordenó una expedición de escarmiento hacia Chiguaigüe que según el parte oficial logró reunir a 800 hombres. A cargo de esta operación estaba el teniente coronel Pedro Lagos. Según su versión, la expedición fracasó pues el *lof* había sido desalojado producto de la delación del cacique Huenchuman. Decepcionados, los hombres de Lagos solo atinaron a arrear animales, destruir sembrados, y a retener a unas cuantas “indias viejas” que le advirtieron de un próximo ataque de Külapang que nunca se concretó (Lagos, 19/11/1865, p. 327). El 30 de diciembre, el mismo Lagos se adentró con 100 hombres –sin éxito– buscando castigar a los responsables de la muerte de 12 milicianos, quienes habían salido de Mulchén a recuperar “unos trescientos animales vacunos y cabalgares de Don Luis José Benavente” (Urrutia, 31/12/1865, fs. 240-241). En febrero del año siguiente, el teniente Luis de la Cuadra fue despachado desde Angol a Chiguaigüe para dispersar al cacique Pinto quien, según el parte militar, acogía a “salteadores afamados” en sus tierras. La fuerza de Cuadra tomó para sí un número importante de caballos, y en la refriega murieron entre 15 y 20 de los hombres del cacique Pinto (Urrutia, 24/02/1866, fs. 269-270).

En todo este tiempo, los *wenteche* se dedicaban a estudiar al enemigo. Una de las conclusiones a las que llegaron tras estos altercados, era que normalmente los *winka* organizaban expediciones hacia el interior en respuesta a los robos de animales. La expedición de José María Segundo Soto en Balihueico fue el mayor ejemplo de ello, y los futuros episodios de Kechurewe (Quechereguas) y Coipué confirman el conocimiento y consciencia que existía sobre esta forma de operar de los militares chilenos. Pedro Marimán considera que el episodio de Balihueico “parece no guardar relación con los planes de Külapag” (Marimán, 2022, p. 29), pues habría gatillado esta seguidilla de entreveros en el Malleco. De todas formas, la baja intensidad de estos encuentros no modificó los planes del ejército chileno ni de los jefes *wenteche*, que no cejaron en su búsqueda de alianzas. La naturaleza de las negociaciones emprendidas entre Cholchol y Chadileufu indican un interés por enlazar facciones *mapuche* diversas y distantes, así como una comprensión cada vez más certera de los lugares dónde podía armarse el teatro de batalla. Hasta ahora esto no es más que una hipótesis. Se requiere conocer mejor la naturaleza de las acciones emprendidas en Chadileufu, y las relaciones que estos grupos tenían con el ejército argentino para pronunciarse sobre las perspectivas que abrigaban los *wenteche* en sus tratativas al oriente de la Cordillera (Figura 2).

La entrevista de Saavedra y Külaweke

Cornelio Saavedra venía de fortificar la costa, iniciando en enero de 1866 los trabajos de Quidico, de Queule en diciembre del mismo año y de Toltén los primeros días de enero de

1867⁴. Estas acciones pueden ser tenidas sin mayor discusión como la última fase táctica antes de fortificar el Malleco, es decir, antes de entrar en relación directa e ineludible con el enemigo *wenteche*. Aunque las fundaciones de fuertes fueron la materialización de los planes de Saavedra (Ferrando Keun, 1986, pp. 350-351), el coronel debió abandonar su comandancia en el Malleco para concentrarse en la fortificación del río Toltén hacia el interior, quedando el general José Manuel Pinto al mando de la Alta Frontera. Los enfrentamientos que se desataron allí desde abril de 1868 produjeron un congelamiento en la política de fundaciones, y el Ejército se vio en la necesidad de “sostener la línea de ocupación donde estaba” (Ferrando Keun, 1986, pp. 406). Es decir, se privilegió el enfrentamiento antes que la disuasión y la ocupación, dejando a Saavedra sin respaldo para materializar su proyecto. Este conjunto de cambios nos lleva a pensar que el período que va desde la fundación de Angol hasta 1868 puede entenderse como una etapa de avance colonial y militar, de entreveros de bajo impacto, de sumisión negociada por parte del Ejército. A ello apuntamos cuando hablamos de las perspectivas chilenas en el ciclo diplomático. Sin embargo, nuestra hipótesis es que igualmente se trata de un ciclo táctico, pues durante este período se dispuso el territorio y el panorama político para la confrontación chileno-*wenteche* en el Malleco, por más que las intenciones de Saavedra hayan sido otras.

Saavedra nunca fue un hombre de batallas, exceptuando la del 1851 donde bajo las órdenes de José María de la Cruz enfrentó en Loncomilla a las tropas de Manuel Bulnes. No obstante, en su relación con los jefes *mapuche* siempre prefirió la demostración de fuerza, fue un hombre de reuniones y entrevistas, un hombre disuasivo. Entre la fundación de Angol y la conquista de la región costera, por ejemplo, hay un proceso de maduración de la disuasión que se apoya también en el manejo de la superstición. Horacio Lara narra que mientras Saavedra se reunía en Toltén con un número importante de *lonko*,

les significó que él no tenía el propósito de quedarse en sus tierras contra la voluntad de ellos, pero que teniendo necesidad de defender los intereses del país en general, no podía confiar a ellos que carecían de toda organización militar la misión de impedir que los buques enemigos penetrasen por sus ríos, y fueran sorprendidos la noche menos pensada con el desembarco de tropas españolas. Mas ellos respondieron que eso no podía suceder porque la desembocadura de sus ríos en el mar lo defendían grandes serpientes, que no permitían la entrada de ningún buque aludiendo a la barra del Toltén. (Lara, 1889, p. 295)

La audacia de Saavedra estuvo en cruzar la barra del Toltén con el vapor *Fósforo* —en estricto rigor la audacia fue del capitán de esta pequeña embarcación, y especialmente del encargado de las exploraciones hidrográficas de la costa, Francisco Vidal Gormaz—, y desde ahí consolidar ante los atónitos habitantes de la desembocadura su efigie de *kalku* (brujo).

⁴Las fuentes que hemos revisado para conocer estos tres episodios son algunos papeles de Cornelio Saavedra (1866; 29/01/1866, carta para Federico Errázuriz, f. 256; 28/12/1866, carta para Federico Errázuriz, f. 364) y el libro de Leandro Navarro (2008, pp. 143-144).

La colonización de la costa en 1867 –provocada en parte por la guerra con España y en parte como modo de ir restringiendo el teatro de la batalla– produjo un apresuramiento en Saavedra, y, en general, en la estrategia de las fuerzas armadas. En septiembre de ese año, el ministro de Guerra y Marina le escribía a Saavedra una carta con los lineamientos generales de la nueva fase en la ocupación, abriendo con las siguientes palabras:

Realizada ya la ocupación de toda la costa del territorio araucano, es llegado el caso de emprender el adelanto de nuestra frontera norte hasta el río Malleco. Asegurando de una manera completa y definitiva esta línea de división con el territorio ocupado por los indígenas, se dará el último paso para la reducción completa del territorio araucano, que es el propósito que el Gobierno quiere llevar a cabo de una manera eficaz y sin vacilación. (Errázuriz, 07/09/1867, f. 400)

Efectivamente, la fortificación del Malleco fue rápida, pues se pensaba aprovechar la estación de verano para terminarla. Pero en su desmedro alertó a los *wenteché* y sus aliados, y ninguno de los puestos fundados en esa estación estival pudo consolidarse como plaza-fuerte. Por otra parte, pocas son las noticias directas que tenemos de los *wenteché*, pero al parecer algún éxito habrían tenido sus planes de alianzas. Lo que efectivamente sabemos es que la postura que mantuvieron desde entonces, en general, fue de materializar la resistencia en combate.

Para conocer los detalles de la entrevista entre Külaweke y Cornelio Saavedra nos apoyamos esencialmente en dos tipos de documentos. En primer lugar, contamos con la carta de Saavedra dirigida al ministro de Guerra y Marina Federico Errázuriz (25/11/1867, fs. 530-534), documento oficial en el que claramente se busca dar una cierta forma a los hechos para imprimirle una buena reputación a las gestiones realizadas, y así preparar el camino para el futuro de la invasión. Esta fuente ha estado muy presente en los trabajos de Letelier (2013), Lara (1889), Guevara (1902) y Navarro (2008). También fue reproducida en los periódicos de la época. El otro tipo de documento son extractos de prensa. Entre las publicaciones revisadas encontramos dos versiones que señalan interesantes diferencias: una es un texto de *El Meteor* de Los Ángeles, sin firma. Otra, de *La Tarántula* de Concepción firmada por “un mulchenino”. Este último texto es especial pues está escrito como reporte en primera persona, es decir por un corresponsal, que era un tipo de trabajo periodístico que llevaba desarrollándose en la frontera hacía al menos dos décadas. Los extractos de prensa tienen muchas diferencias entre sí, y sobre todo con el contenido de la carta de Saavedra.

Los acontecimientos se desarrollaron de la siguiente manera: el 15 de noviembre de 1867 tiene lugar un parlamento propuesto por Saavedra en las cercanías del río Rahue con alrededor de 1000 *nagche*. Allí el coronel les anunció la decisión del gobierno de establecer una línea de fuertes en el Malleco para poner término a los robos y los asaltos. Tres días después, como estaba previsto, Saavedra acude a una reunión con los jefes *wenteché* en Caillin, cerca de Collipulli, pero nadie se presenta pues se teme una traición. Amenazados por el

coronel para acudir a la parla, los *lonko* Kūlapang, Montri y Kallfūkoy mandatan a Kūlaweke para entrevistarse con Saavedra. Entre la comitiva de Kūlaweke, se halla un viejo *lonko* compañero de Mangiñ, Naweltripay.

El manuscrito de Saavedra (1867) señala lo siguiente:

El 21 a las 8 am tuvo lugar mi entrevista con el cacique Quilahueque y su comitiva: en ella les manifesté los deseos del Gobierno de ver restablecerse la paz y tranquilidad en el territorio araucano y a más tomar las medidas necesarias para extirpar los robos y asesinatos de que eran víctimas muy a menudo los habitantes de estos lugares [...]

En seguida entré a explicarles cual era el plan del gobierno para realizar el objeto deseado, que consistía en construir fuertes a orillas del Malleco ocupando los pasos principales e inutilizar aquellos que conducen a caminos desconocidos. Llegando a este punto, Quilahueque contestó que no estaba autorizado para permitirlo a pesar que conocía la utilidad, pero que sus compañeros podrían creer que los había traicionado, que era mejor me entendiese con los caciques propietarios del terreno que deseaba ocupar.

Con este motivo entré a tratar con el cacique Nahueltripai, propietario de los terrenos, el que no me dio su contestación desde luego, tanto porque sus compañeros no estaban presentes como por el temor de que los indios fuesen a decir que él había vendido terrenos al Gobierno y de esta manera hacerse de enemigos que podrían venir a atentar contra su vida... (Saavedra, 25/11/1867, fs. 531-532)

Por su parte, *El Meteoro* (30/11/1867) señala:

El día 19 [...] el cacique Burgos vino a hacer presente al señor Saavedra [...] que ellos sabían por tradición, como él lo sabría por sus libros, que en los parlamentos antiguos no se llevaban cañones ni se hacía aparato de fuerza para tratar de la paz.

A esto contestó el señor Saavedra que no se creyesen de falsas noticias; que el gobierno no engañaba nunca; que si se fijaban en que traía cañones era con el solo objeto de saludarlos, y en cuanto a venir o no con lanzas podían traer tres cada uno si querían, teniendo entendido que sus lanzas las miraba como atados de pasto... (p. 2).

Al momento de la parla, Saavedra les comunica:

El Presidente de la República me envía aquí a traer la paz y a apagar el fuego que amenaza estallar entre vosotros; el foco de este fuego está entre UU mismos, puestos que UU dan asilo y ayudan diariamente a innumerables bandidos a cometer toda clase de crímenes; aún hay más: no hace mucho tiempo un enemigo extranjero, o más bien dicho, nuestros antiguos opresores, a quienes, como UU saben, vencimos y arrojamos de nuestro suelo, intentaron nuevamente esclavizarnos, ¿y qué hicieron UU entonces? En vez de ayudar al gobierno a defender nuestras tierras y nuestros hijos mandaron correos a los pehuenches, a los huilliches, a la costa, a todas partes, invitándolos a sublevarse contra el gobierno, protegiendo así a nuestro común enemigo. ¿No saben UU que la sangre que corre por sus venas corre también por las nuestras y que todos son chilenos?...(*El Meteoro*, 30/11/1867, p. 2)

En su escrito, Cornelio Saavedra solo plantea temas militares, como la construcción de fuertes y la inutilización de caminos. No entra en los detalles de su interpelación que si nos entrega *El Meteorito*, donde aparece empleando el argumento de la unidad mapuche-*winka* simbolizada en la figura del Presidente y de la sangre compartida. Ambas razones debieran necesariamente obligar a los *mapuche* a ser solidarios contra los enemigos de los chilenos, acusándolos de infidelidad por albergar en sus casas a los opositores del gobierno y por promover ataques en su contra. Planteada así la cuestión, la condición que impone Saavedra para entregar su perdón, y así evitar la guerra, es la entrega de los terrenos para la construcción de los fuertes. Tal como Saavedra lo manifestó:

La perversa conducta que han observado enojó mucho al gobierno y dispuso que se le castigase con todo rigor; más después se le quitó el enojo, les tuvo lástima, me llamó y me dijo estas palabras: ‘anda y ve a esos locos, ofréceles la paz y perdónalos; si aceptan, bueno; en este caso díles me permitan poner mis guardias en la ribera del Malleco para cortar el paso a los ladrones y evitar por este medio tantos males como hasta el presente se lamentan; hazles entender que el terreno que mis guardias van a ocupar, de ningún modo será para llevármelo, que siempre será de ellos; pero si quieren venderlo lo compro, o que me presten o arrienden. Si no aceptan estas propuestas de paz, no les hagas caso y ocupa los caminos, pues estos son del público y si te molestan, hazles sangrienta guerra’. (*El Meteorito*, 30/11/1867, p. 2)

Antes de entrar en esta amenaza directa, vemos que en la entrevista tuvo lugar un cruce de diatribas relativo al armamento, una especie de desafío oratorio donde cada uno de los intervinientes intentó atraer la trama hacia el terreno en que se sentía más cómodo. De alguna manera, se trataba de una lucha por poner la política al servicio de la resistencia o de la invasión. Külaweke apela a la tradición -que es un argumento manejable, moldeable- de no llevar cañones a los parlamentos. Lo que intenta es apoyarse en la etiqueta protocolar para hacer ver la falta diplomática en la que incurren los militares. Pero, además, tal como lo expresa el jefe *wenteche*, el desafío se juega en el valor de la oralidad contra el de la escritura en tanto que métodos políticos. A Saavedra, en el fondo, estas materias le tienen sin cuidado, pues sabe que las lanzas *mapuche* no representan a la larga una amenaza. Menospreciándolas con la expresión “atados de pasto”, el coronel demuestra todo su talento en la persuasión haciendo uso de la potencia militar. La potencia, tal como la define Raymond Aaron, “es la capacidad de hacer, pero sobre todo de influir en la conducta o los sentimientos de otros [...] la capacidad de una unidad política de imponer su voluntad a otras unidades” (1984, p. 58). La potencia se diferencia de la fuerza, que en el ámbito militar es la cuantificación de los materiales de guerra y de su capacidad destructiva. La potencia es una relación psicológica en la cual se enfrentan dos voluntades.

Siguiendo la nota de *El Meteorito* (30/11/1867), la respuesta de Külaweke habría sido la siguiente:

Es verdad que entre nosotros hay ladrones como también los hay entre UU, mas esto no quiere decir que lo sean todos los chilenos y todos los indios; yo por mi parte no lo soy, porque no quebrantaré los consejos que mi padre (Mañillbueno) me dio al tiempo de morir. Estos fueron: ‘como heredero de mi autoridad y de mi nombre debes perseguir

a los ladrones; haz bien a tus semejantes y trata de conservar la paz con el gobierno para que seas feliz'. (*El Meteoro*, 30/11/1867, p. 2)

Nuevamente aparecen los consejos de Mangiñ para aferrarse al argumento de la tradición. Notamos que, para sus sucesores, invocar estas lecciones constituía una acción legitimadora en sí misma. Cualquiera que hubiese sido el planteamiento o la razón entregada, sea la guerra, la paz, la amistad o la hostilidad hacia el gobierno, invocar las advertencias de Mangiñ era una forma de fortalecer las posturas en juego. Entonces, Külaweke puede impugnarle a Saavedra sus faltas, y justificar las decisiones que toma, tal como lo registra la misma nota periodística. Así habría actuado el líder de la comitiva *wenteche*, para luego entablar un importante diálogo con Naweltripay que a continuación transcribimos:

‘Se nos ha reunido para tratar de la paz; aquí nos tienes; si notas que no me acompañan todos los caciques respetables, no tengas cuidado, traigo sus poderes, pero no para ceder nuestras tierras. Si tal hiciese, sería un traidor; ahí está Nahueltripai que es el dueño del Malleco, que hable él’.

Nahueltripai contestó: ‘Se nos ha reunido para tratar de la paz, y ahora nos salen con que prestemos tierras para colocar soldados; ¿esto es imposible! Un caballo, una yunta de bueyes, una vaca pueden prestarse; pero tierras, no’.

Después de enjugarse algunas lágrimas, el cacique continuó:

‘¿El gobierno nos ha engañado! Si tanto nos oprimen ¿En dónde pastarán nuestros ganados? ¿Dónde criaremos a nuestros hijos? Iremos otra vez a Santiago y el Presidente nos cumplirá su palabra’ [...]

Quilahuequi contestó: ‘Señor, el gobierno cuando manda reunir soldados lo hace con ligereza; pero entre nosotros no es así, necesitamos más tiempo y [no] creo que el gobierno o un jefe como vos sean tan violentos, porque deben tener un corazón grande y sólido como una piedra.

Yo he venido a tratar de la paz, que es lo que deseo y no a ceder tierras; en cuanto a esto, como ya he dicho, ahí está Nahueltripai, que es el dueño’. Cedió al fin Nahueltripai visiblemente conmovido en fuerza de la presión que se ejercía sobre él. (*El Meteoro*, 30/11/1867, p. 2)

Existe una tercera versión de la entrevista consignada en el diario *La Tarántula* de Concepción (edición del 11/12/1867), escrita en forma de drama literario, donde se lee lo siguiente:

Quilagüeque.- Un jefe a quien se le confía un mando tan grande debe tener una cabeza bien grande y un corazón duro como una piedra, y hacerse el cargo que a nosotros nos cuesta bastante para movernos[...]

No creía que todas las aspiraciones de paz del gobierno se redujeran a pedir tierras. Y dirigió la palabra a los dueños de terrenos, los que contestaron unánime de que no. Por las desgracias que sufrían, causadas a consecuencia de vivir entre los españoles.

Saavedra.- Por la misma razón, esos serán severamente castigados una vez los fuertes establecidos, pues estos convienen a la tranquilidad general reprimido el robo y otros atentados.

Salvo.- Queremos nada más que unos cuantos pequeños retazos de tierra para los fuertes y en esto no estamos a la voluntad de Uds. sino que les avisamos nada más que para

impedir los robos, pues lo dicho está dicho y nada más *indios lesus*. (*La Tarántula*, 11/12/1867, p. 2)

Llama la atención que las notas de prensa muestren a Külaweke expresando que los jefes *mapuche* necesitan tiempo para reunir a sus *kona*, si consideramos que los militares chilenos señalaban que la construcción de los fuertes era un hecho que no se podía contrarrestar. Este diálogo podría ser entendido como una declaración de guerra, o como ya lo hemos señalado, de pax. Sería una apelación a la conciencia guerrera que necesariamente implica el enfrentamiento contra una fuerza que tiene que ser movilizada y contra la población civil.

Külaweke y Saavedra coinciden que la mejor manera para encontrar un medio de diálogo es apuntando a la contrariedad causada por los robos. Es, en efecto, un problema real, pero no es el problema de fondo. Más bien se trata de un fenómeno que convenía mantener vivo, pues a cada una de las partes les permitía concebir y administrar medidas adaptadas a sus intereses. Külaweke señala que los robos terminan si se van los *winka* de la frontera. Salvo y Saavedra señalan que, para terminar con los robos, es necesaria la construcción de los fuertes. Quizás Saavedra pensaba en la entrevista que Külaweke tuvo previamente con Urrutia en Los Ángeles, considerando que, en las palabras, lo que se buscaba era “impedir en la frontera la repetición de los males de que frecuentemente ha sido teatro” (Urrutia, 12/04/1866, carta para Federico Errázuriz, f. 288). Pero, más allá de esa referencia coyuntural, Saavedra apelaba a la antigua conciencia pactista que, como afirmamos antes, llevaba décadas agonizando.

Conclusiones

Por muy victimizado que se presentara Saavedra ante su interlocutor, la fortificación del Malleco debió ser entendida por ambos como un hecho inminente. La condena esgrimida por el coronel contra el actuar de las fuerzas *wenteche*, que en su parecer promovía robos y refugiaba criminales, era muy similar a la condena que había lanzado contra las jefaturas *lafkenche* durante la guerra con España. La fundación de fuertes en la costa había sido consecuencia de aquella retórica, por lo cual, no había razón para pensar que en el Malleco las cosas serían diferentes.

La entrevista es de este modo un teatro, una fase necesaria de la preguerra que no cambia el devenir de los acontecimientos. La única consecuencia que podría haber tenido este *trawün* era que Saavedra consiguiera el tan anhelado asentimiento *wenteche* para la fortificación por la vía de la disuasión. Notamos entonces una perfecta complementación entre los comandantes chilenos: si Saavedra es persuasivo, Salvo es totalmente coercitivo. Según Lara (1889), Salvo

era un hombre notable y de genio especial para esta clase de guerras. Fue tan temible el nombre de Salvo entre los indios, que lo consideraban un ser extraño y supersticioso [...] Vamos a referir un hecho: en el ataque de Picul, confundido entre la masa de indios, le gritó un sargento de su tropa que evitara una lanzada que le dirigía un adversario. El momento era tan peligroso, que al verse atacado en varias direcciones con voz aterradora gritó: ‘¡Soy Salvo!’ . Bastó esta mágica palabra para que se desprendiese la lanza de manos de su adversario, quien fue ultimado por el sargento que estaba a su lado. (Lara, p. 203)

Domingo Salvo era conocido con el apodo de *Brujo de las Cordilleras*. Ese es el título de la aventura publicada por el militar mendocino Manuel José Olascoaga bajo el pseudónimo de Mapuche (1938). Si bien es un escrito de ficción, de alguna manera su retrato de Salvo refleja las percepciones que el militar despertaba en los soldados chilenos y en los *kona*.

Los indios le llamaban Machi Salvo; los rotos el Brujo [...] era habilísimo en cualquier género de intrigas y embustes, y rápido para sacar favorable partido en toda circunstancia [...] Hablaba con entera soltura las dos lenguas de su origen y tenía una voz bronca y rugiente, propia para dominar chusmas. Era cruel y sanguinario hasta el extremo de causar espanto a sus propios compañeros. (p. 180)

El brujo Salvo fue una entidad mágica realmente seria [...] le solicitaban remedios para las enfermedades, le pedían lluvias para mejorar los campos, y palabras para matar los hormigueros, o le reclamaban contra algunas vertientes que se habían secado. (p. 188)

Según Olascoaga esta fama de brujo era fríamente planificada por Salvo, quien aparentaba tener poderes para convertirse en un *traru* –caracara *plancus*– y salir de su caverna a recorrer el país. En consecuencia, las amenazas de Saavedra bien pueden pasar por un artilugio retórico, las de Salvo son notificaciones de futuros ataques. Juntos, Saavedra y Salvo simbolizan la reunión de la palabra con la bayoneta. Además, ambos tienen esa aura de poder mágico, supersticioso, que tanto temor crea entre la población mapuche.

Dejando de lado la fundación de Angol (1862) que se inscribe en el primer ciclo de avances, el inicio de la fortificación del Malleco ocurre justo después de la entrevista Saavedra-Külaweke (21 de noviembre de 1867). Saavedra comienza los trabajos en Collipulli el día después del *trawün*, y ese mismo día ordena inutilizar el paso de Curaco para luego construir allí el fortín homónimo. El mismo día Saavedra encarga a Naweltripay la vigilancia del paso de Perasco como prueba de lealtad, considerando que este último había informado al coronel que el resto de los *wenteche* se había adentrado en el interior del país para organizar la resistencia (Saavedra, 25/11/1867, carta para Federico Errázuriz, fs. 532-533). El día 23 del mismo toma posesión de Chiguaigüe e inicia su fortificación, en un lugar muy próximo al que había albergado la entrevista. Esta fase de la ocupación chilena terminará con la construcción de los fuertes de Cancura (18 de diciembre de 1867), Lolenco (20 de enero de

1868), Mariluan (21 de enero de 1868) y Huequén a principios de febrero de 1868 (Figura 3).

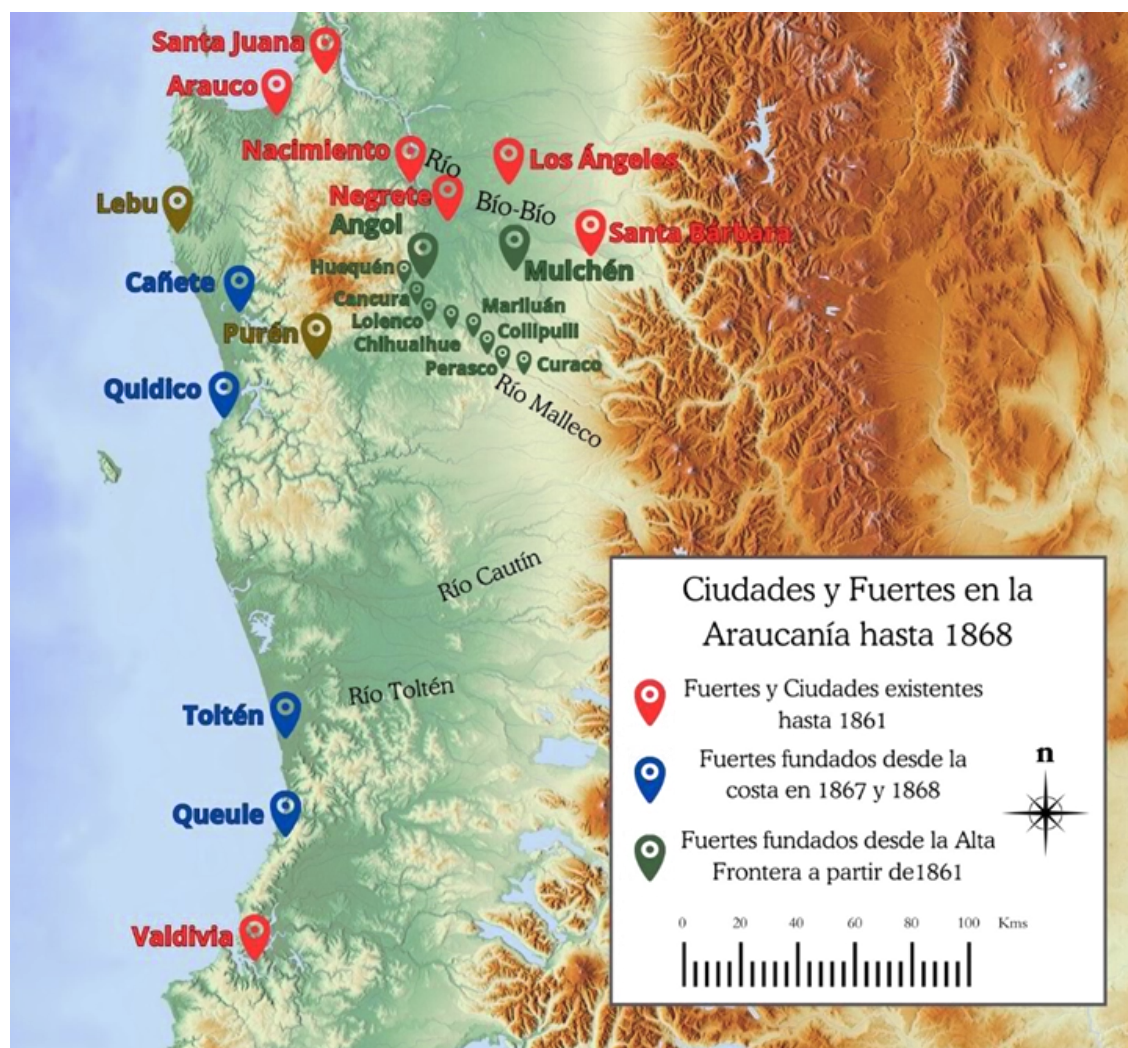


Figura 3. fuertes fundados durante la década de 1860, dando cuenta del avance militar chileno hacia la Araucanía]

En el desarrollo de la entrevista, Külaweke y Naweltripay aparentan no saber que les pedirán la entrega de sus tierras. Por ello se sorprenden. Pareciera ser que se dirigen a Caillín a hablar de guerra, a hacer tiempo para reunir más fuerzas, pero terminan negociando una venta. En este momento se visibilizan las dos opciones políticas que ambos *lonko* podían adoptar, la resistencia el primero, el colaboracionismo el segundo. Cuando ya no hay más opciones que estas, quiere decir que ya no existe más el pacto.

Pero, además, apreciamos con bastante claridad dos perspectivas que se disputan la producción del espacio. Es un primer episodio en el proceso histórico de “creciente desterritorialización y paulatina incorporación del concepto de tierra como propiedad privada” (Martínez Berríos, 2012, pp. 47-48) que afectó a la política mapuche. El ultimátum de Saavedra es por una cesión de tierras, que en la práctica significa entregar la soberanía del Malleco. Los antecedentes que tenemos de los llamados préstamos de tierra bien podían

conjugarse con el discurso de resistencia, pero ya no es posible sostenerlo en la medida en que ceder un retazo significa puntuar el suelo con fuertes. Es la pérdida de la soberanía, y la inminencia de la batalla.

Allí hasta llegar al último recurso, la objetivación de la excusa, cuando Külaweke se dispensa de responsabilidad de ceder las tierras apuntando con el dedo a Naweltripay. En esta estrategia, Külaweke mismo transforma el territorio en tierras privadas al tratar a Naweltripay como un propietario y no como un soberano. Este proceder también requeriría un estudio más completo, relativo a quién es el responsable de hacer frente a las incursiones *winka*. La defensa solía recaer en el jefe de la parcialidad fronteriza, siendo una dimensión fundamental de lo que Rolf Foerster llama la “comprensión de la totalidad desde lo local” (2018 p. 124). No es de extrañar entonces que las fuerzas *wenteche* hayan experimentado una sensación de aislamiento y desesperación. La cadena de exigencias toca su último eslabón en Naweltripay quien ya no puede desentenderse más del problema. No tiene otro objeto en el cual cargar la responsabilidad, y debe responder. En dos de las fuentes aludidas se niega, en la tercera accede con tristeza.

Desde el punto de vista de los militares chilenos, hay una diferencia entre la forma de tomar posesión de la costa y la del Malleco, en especial al rol y el valor que se les asigna a los fuertes. Cuando Saavedra ocupa el litoral, la imagen de sí que asoma en sus escritos nos lleva a pensar en el conquistador hispano del siglo XVI. Funda ciudades de manera intempestiva, destemplada, ocupa lugares habitados en contra de la voluntad de la población local, sin verla, sin tomarla en cuenta. La fortificación del Malleco es la materialización de un plan anunciado. Los emplazamientos se levantan en puntos estratégicos (pasos fluviales, abras, macizos) que previamente han sido despoblados. La imposición de estas construcciones militares se enmarca en un plan de guerra que las fuerzas *wenteche* llevan tiempo estudiando, y en ese contexto son notificados de lo que va a producirse. Digamos, en fin, que en la costa la toma de posesión en sí misma era el hecho más relevante, mientras que en el Malleco importaba mucho más la puesta en marcha de los fuertes.

La entrevista con Saavedra fue el último, o uno de los últimos episodios de la diplomacia fronteriza antes que estallaran las batallas en el Malleco. Los *wenteche* y los *winka* presentes en el *trawüin* comprendieron la inminencia de la guerra, y acaso también su naturaleza invasora. De ahí que las lágrimas de Naweltripay traduzcan tácitamente esta sensación de fin de mundo, y la disposición de las fuerzas *mapuche* a emprender sus últimos actos de resistencia territorial, y los nuevos de sumisión.

Agradecimientos

Este artículo es resultado de los proyectos Fondecyt Iniciación n° 11200950 «Historia de la Guerra de Pacificación: Intersticios, Entreveros y Culturas Bélicas Mapuche-Winka. Gulumapu, 1859-1883», y Fondecyt Posdoctorado n° 3170124.

Referencias citadas

- Aaron, R. (1984). *Paix et Guerre Entre les Nations*. Calmann-Lévy.
- Anónimo (1877). *Visitas a la Penitenciaría, Hechos Biográficos de Pancho Falcato, del Bravo Maloqueador Marcos Saldías y de Muchos Otros Presos Celebres. Edición Recopilada de El Ferrocarril*. Imprenta de Federico Schrebler y Ca.
- Bengoa, J. (1985). *Historia del Pueblo Mapuche, Siglos XIX y XX*. LOM.
- Boccaro, G. (1999). El Poder Creador: Tipos de Poder y Estrategias de Sujeción en la Frontera Sur de Chile en la Época Colonial. *Anuario de Estudios Americanos*, 56(1), 65-94. <https://doi.org/10.3989/aeamer.1999.v56.i1.288>
- Boccaro, G. (2007). *Los Vencedores, Historia del Pueblo Mapuche en la Época Colonial*. Ocho Libros
- Cayuqueo, P. (2017). *Historia Secreta Mapuche*. Catalonia.
- Casanova, H. (1987). *Las Rebeliones Araucanas del Siglo XVIII, Mito y Realidad*. Universidad de la Frontera.
- Chacón, B. (2013). Campaña de Arauco por la Baja Frontera en 1859. Costumbres y Reducción de los Indígenas. En S. Villalobos (Ed.), *Incorporación de la Araucanía, Relatos Militares 1822-1883* (pp.67-146). Catalonia.
- De Jong, I. (2016a). El Difícil Arte de la Paz: la Diplomacia Salinera Entre las Décadas de 1840-1860. En I. De Jong (Ed.), *Diplomacia, Malones y Cautivos en la Frontera Sur, Siglo XIX, Miradas desde la Antropología Histórica* (pp. 95-158). Sociedad Argentina de Antropología
- De Jong, I. (2016b). Prácticas de la Diplomacia Fronteriza en las Pampas, Siglo XIX. *Habitus*, 14(2), 175-197. <https://doi.org/10.18224/hab.v14.2.2016.175-197>
- El Correo del Sur* (sábado 1 de diciembre de 1860).
- El Correo del Sur* (jueves 6 de diciembre de 1860).
- El Correo del Sur* (jueves 13 de diciembre de 1860).
- El Correo del Sur* (martes 18 de diciembre de 1860).
- El Correo del Sur* (jueves 20 de diciembre de 1860).
- El Meteoro* (30 de noviembre de 1867).
- Errázuriz, F. (07 de septiembre de 1867) [Carta para Cornelio Saavedra]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 400-402, Archivo Nacional Histórico de Chile.

- Ferrando Keun, R. (1986). *Y así Nació la Frontera... Conquista, Guerra, Ocupación, Pacificación 1550-1900*. Antártica.
- Foerster, R. (2018). *¿Pactos de Sumisión o Actos de Rebelión? Una Aproximación Histórica y Antropológica a los Mapuche de la Costa de Arauco, Chile*. Pehuén.
- Guevara, T. (1902). *Los Araucanos y la República, Historia de la Civilización de la Araucanía* (Vol. 3). Imprenta Cervantes.
- Hux, M. (2004). *Caciques Pehuenches*. El Elefante Blanco.
- Kallfükura, Juan. (1864). Carta para el Presidente Bartolomé Mitre. En O. Lobos. (2015), *Juan Calfucurá, Correspondencia 1854-1873* (pp. 394-397). Colihue.
- Kallfükura, J. y Zúñiga, J. M. (2002). Pu Mangiñ – Los Mangiñ. En T. Guevara y M. Mañkefel (Eds.), *Kiñe mufü trokiñche ñi piel: historias de familias, siglo XIX* (pp. 87-92). Colibrís, Liwen.
- La Estrella de Chile* (8 de marzo de 1869).
- Lagos, P. (1865). Mulchén, carta para Basilio Urrutia. En T. Guevara. (1902), *Los Araucanos y la República, Historia de la Civilización de la Araucanía* (Vol. 3) (p. 327). Imprenta Cervantes.
- Lara, H. (1889). *Crónica de la Araucanía: Descubrimiento y Conquista, Pacificación Definitiva y Campaña de Villarrica* (Vol. 2). El Progreso.
- La Tarántula* (11 de diciembre de 1867).
- Leiva, A. (1984). *El Primer Avance a la Araucanía, Angol, 1862*. Universidad de la Frontera.
- León, L. (1992). El Pacto Colonial Hispano-Araucano y el Parlamento de 1692. *Nütram*, 8(30), 27-53.
- León, L. (2014). La Danza de los Pesos y de las Hectáreas: Lonkos y Comerciantes en la Venta de Tierras Mapuches, 1858-1864. *Tiempo Histórico*, 8, 17-47.
- León, L. (2015). Ventas de Tierras Mapuches en los Preámbulos de la Pacificación de la Araucanía: Nacimiento, 1864-1866. *Tiempo Histórico*, 10, 57-86.
- Letelier, A. (2013). Apuntes de un Viaje a la Araucanía 1877. En S. Villalobos (Ed.), *Incorporación de la Araucanía, Relatos Militares 1822-1883* (pp. 219-283). Catalonia.
- Mapuche. (1938). El Brujo de las Cordilleras. Historia Negra - Las Depredaciones de Indios y Aliados en las Poblaciones Australes de Buenos Aires y Demás Provincias. *Revista de la Junta de Estudios Históricos de Mendoza*, 12, 171-212.
- Marimán, P. (2022). Fuentes Para una Reseña Biográfica de Magiñ Wenu, Külapag y el Koyaqtun de Malvén. En P. Marimán (Ed.), *Nuestra Frontera es el Bío-Bío, Referencias Bibliográficas Sobre Magiñ Wenu, Külapag y el Koyaqtun de Malvén* (pp-11-35). Instituto de Estudios Indígenas e Interculturales, Universidad de La Frontera,
- Martínez Berríos, N. (2012). Tierra, Territorio y Territorialidad Mapuche: Producción de Espacio y Formación de Subjetividades. *Revista Geográfica del Sur*, 3(1), 37-6.
- Navarro, L. (2008). *Crónica Militar de la Conquista y Pacificación de la Araucanía Desde el año 1859 Hasta su Completa Incorporación al Territorio Nacional*. Pehuén.

El ciclo táctico diplomático chileno-*wenteche* (arribano) de 1864-1867: preámbulos de la anexión del Malleco

- Pairicán, F. (2020). *Toqui, Guerra y Tradición en el Siglo XIX*. Pehuén.
- Perucci, C. (2018). Entre el Deseo y el Dolor: Franciscanos, Capuchinos y el Poder de los Nídlonko en Vísperas de la Guerra de Pacificación. *Tiempo Histórico*, 16, 81-108.
- Perucci, C. (2021). Hebras Polémicas en el Gulumapu. Historia Política del Lonko Juan Lorenzo Kolüpi 1819-1850. *Historia*, 54(1), 215-246. <https://doi.org/10.4067/s0717-71942021000100215>
- Pradel, B. (26/04/1859). Micoiquen, carta para Juan de Dios Ruiz. En J. Bengoa. (1985), *Historia del Pueblo Mapuche, Siglos XIX y XX* (p. 168). LOM.
- Purran. (08 de septiembre de 1866) [Carta para Domingo Salvo]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 327-329, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Ravest Mora, M. (1997). *Ocupación Militar de la Araucanía (1861-1883)*. Licanray.
- Ravest Mora, M. (2009). Arauco... Siempre Arauco... En C. Saavedra (Ed.), *Documentos Relativos a la Ocupación de Arauco, que Contienen los Trabajos Practicados Desde 1861 Hasta la Fecha* (pp. ix-lix). Cámara Chilena de la Construcción, Pontificia Universidad Católica de Chile, Dibam.
- Ruiz Aldea, P. (1868). *Los araucanos y sus costumbres*. Imprenta del Meteor.
- Saavedra, C. (29 de enero de 1866). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, f. 256, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Saavedra, C. (28 de diciembre de 1866). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, f. 364, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Saavedra, C. (25 de noviembre de 1867). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 530-534, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Salvo, D. (16 de enero de 1865). Santa Bárbara, carta para Cornelio Saavedra. En T. Guevara. (1902), *Los Araucanos y la República, Historia de la Civilización de la Araucanía* (Vol. 3) (p. 322). Imprenta Cervantes.
- Salvo, D. (22 de enero de 1865). Santa Bárbara, carta para Cornelio Saavedra. En T. Guevara. (1902), *Los Araucanos y la República, Historia de la Civilización de la Araucanía* (Vol. 3) (p. 322). Imprenta Cervantes.
- San Martín, A. (28 de marzo de 1865). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 42-43, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Urrutia, B. (05 de diciembre de 1865). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. (Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 217-220, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Urrutia, B. (31 de diciembre de 1865). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 240-241, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Urrutia, B. (29 de enero de 1866). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 258-259, Archivo Nacional Histórico de Chile.
- Urrutia, B. (24 de febrero de 1866). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 269-270, Archivo Nacional Histórico de Chile.

Urrutia, B. (12 de abril de 1866). [Carta para el Ministro de Guerra Federico Errázuriz]. Fondo Ministerio de Guerra, Vol. 536, fs. 288-289, Archivo Nacional Histórico de Chile.

Vidal Gormaz, F. (1867). Exploración Hidrográfica de la Costa y Ríos de la Araucanía, Comprendidos Entre la Punta Cautín por el Norte y la Punta Chanchán por el Sur. *Anales de la Universidad de Chile*, 29, 474-511.

Wenu, Mangiñ. (21 de septiembre de 1860). Mapu, carta para el Presidente Manuel Montt. En J. Pavez (Ed.). (2008), *Cartas Mapuche, Siglo XIX* (pp. 319-325). Colibris.

Para citar este artículo bajo norma APA 7a ed.

Perucci González, C. (2024). El ciclo táctico diplomático chileno-*wenteche* (arribano) de 1864-1867: preámbulos de la anexión del Malleco. *Estudios Atacameños (En línea)*, 70: e5840. <https://doi.org/10.22199/issn.0718-1043-2024-0003>

